BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

PERSONAS

El Rey de León, galán.
Rodrigo de Villagómez, galán.
El Rey Don Sancho, galán.
Ramiro, galán.
El Conde Melendo, viejo grave.
Bermudo, su hijo.
Nuño, criado del Conde.
Cuaresma, gracioso.
Leonor, dama.
Elvira, dama.
Jimena, villana.
Un Paje.
Mendo, cortesano.
Otro cortesano.
Fortún, criado del rey D. Sancho.
Dos villanos.

La escena es en León y en una aldea.

ACTO PRIMERO

Salón del real alcázar de León

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, RODRIGO

Rodrigo. Famoso Melendo, conde
de Galicia, no penséis
que la pretensión que veis,
sólo al amor corresponde
de mi adorada Leonor;
que vuestra firme amistad
tiene más autoridad
en mi pecho que su amor.
Por esto me resolví
á lo que el alma desea,
porque parentesco sea
lo que amistad hasta aquí.

Conde. Bien pienso, noble Rodrigo
de Villagómez, que estáis
seguro de que gozáis
el primer lugar conmigo
de amistad; bien lo he mostrado

con una y otra fineza,
pues yo he sido de su alteza
ayo, tutor y privado;
y aunque el amor he entendido
que os tiene su majestad,
estimo vuestra amistad
tanto, que no me han movido
á que dél quiera apartaros
los celos de su privanza;
que esta es la mayor probanza
que de mi fe puedo daros;
que es alta razón de estado,
si bien no conforme á ley,
no sufrir cerca del Rey
competidor el privado;
porque la ambición inquieta
es de tan vil calidad,
que ni atiende á la amistad,
ni el parentesco respeta.
Mas aunque es tan verdadera
mi amistad, no por amigo
me obligáis; que por Rodrigo
de Villagómez os diera
también de Leonor la mano,
alegre y desvanecido
de lo que con tal marido
gana mi hija, y yo gano.

RODRIGO. Las plantas, Melendo, os beso
por la merced que me hacéis.

CONDE. Alzad, alzad; que ofendéis
vuestra estimación con eso,
pues ni el reino de León
ni España toda averigua
ó calidad más antigua,
ó más ilustre blasón
que vuestra prosapia ostenta,
á quien, para eternizallos,
dan fuerza tantos vasallos,
y tantos lugares renta.

RODRIGO. Todo, gran Melendo, es poco

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

para que alcanzar pretenda
de vuestra sangre una prenda,
cuyo bien me vuelve loco:
y así, con vuestra licencia,
al Rey la quiero pedir;
que no basta á resistir
el deseo la paciencia.

CONDE. Y yo llevar al instante
la alegre nueva á Leonor,
de que es mi amigo mayor
su más verdadero amante. *(Vase.)*

ESCENA II

RODRIGO

En tanto bien, pensamiento,
¿qué resta que desear,
sino sólo refrenar
los impulsos del contento?
Que según del alma mía
la capacidad excede,
como la tristeza, puede
matar también la alegría.
Al Rey quiero hablar. Él viene:
su licencia y mi ventura
la esperanza me asegura
en el amor que me tiene.

ESCENA III

EL REY. — RODRIGO

REY. ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Señor!...

REY. Agora
á buscaros enviaba;
que ya sin vos dilataba

á muchos siglos un hora.

RODRIGO. ¿Cuándo pude merecer,
señor, gozar tan crecido
favor?

REY. Á tiempo he venido
en que el vuestro he menester.

RODRIGO. Hoy mi ventura de nuevo
comenzaré á celebrar,
si en algo empiezo á pagar
lo mucho, señor, que os debo.

REY. En algo no; en todo, amigo,
me daré por satisfecho.

RODRIGO. Acabe pues vuestro pecho
de ser liberal conmigo.

REY. Yo estoy (por decirlo todo
de una vez) enamorado;
y es tan alto mi cuidado,
que no puedo tener modo
de remediar mi pasión
si vos no sois mi tercero,
porque las prendas que quiero,
prendas de Melendo son.

RODRIGO. (*Ap.*) ¡Ay de mí! Leonor será:
¿Quién lo duda?

REY. Vos, Rodrigo,
sois tan familiar amigo
del Conde, que no podrá
darme mayor confianza
otro que vos, ni tener
ocasión de disponer
los medios á mi esperanza,
que como á su bien mayor,
á los favores aspira
de la hermosa doña Elvira.

RODRIGO. (*Ap.*) Cobró la vida mi amor.

REY. Este es el bien que pretendo
por vuestra mano alcanzar.

RODRIGO. ¿Teméis que os ha de negar
la de su hija Melendo,
si os queréis casar, señor?

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Declaraos con él; que es cierto
que alcanzaréis por concierto
lo que intentáis por amor.

REY. ¿En tan poco habéis creído
que me estimo, que os pidiera,
si ser su esposo quisiera,
el favor que os he pedido?

RODRIGO. ¿Y en tan poca estimación
os tengo yo, que debía
presumir que en vos cabía
injusta imaginación?
¿Y en tan poco me estimáis,
ó me estimo yo, que crea
que para una cosa fea
valeros de mí queráis?
Y al fin, ¿tan poco entendéis
que estimo al Conde, que entienda
que vuestra afición le ofenda,
si ser su yerno podéis?

REY. Á mí y al Conde y á vos,
Rodrigo, estimar es justo;
mas ni tiene ley el gusto,
ni razón el ciego dios.
Y cuando Sancho García,
conde de Castilla, intenta
(porque así la paz aumenta
entre su gente y la mía)
darme de doña Mayor,
su hermosa hija, la mano,
y el leonés y el castellano
tuvieran por loco error,
pudiendo, no efectuallo,
¿con qué disculpa ó qué ley
trocará su igual un rey
por la hija de un vasallo?

RODRIGO. Pues si en eso corresponde
á la razón vuestro pecho,
¿por qué también no lo ha hecho
para no ofender al Conde?

REY. Porque lo primero fundo

en buena razón de estado,
y en estar enamorado,
que es sinrazón, lo segundo.
Esto habéis de hacer por mí,
si es que mi vida estimáis,
y si el lugar deseáis
pagar que en el alma os dí.

RODRIGO. Señor, mirad...

REY. Ciego estoy:
no me aconsejéis, Rodrigo.
Esto haced, si sois mi amigo.

RODRIGO. Alfonso, porque lo soy,
os pongo de la verdad
á los ojos el espejo;
que se ve en el buen consejo
la verdadera amistad.

REY. Yo me doy por advertido,
y del consejo obligado;
mas pues, habiéndole dado,
con quien sois habéis cumplido,
determinándome yo
á no tomalle, Rodrigo,
debe ayudarme mi amigo
á lo mismo que culpó.

RODRIGO. Nunca disculpa la ley
de la amistad el error.

REY. ¿Disculpa queréis mayor
que hacer el gusto del Rey?

RODRIGO. Antes seré más culpado,
y de eso mismo se arguye,
porque del Rey se atribuye
siempre el error al privado.
Y con razón; que es muy cierto
que el divino natural
que da la sangre real
no puede hacer desacierto,
si al genio bien inclinado
de quien sólo bien se aguarda,
hacen dos ángeles guarda,
y aconseja un buen privado.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

REY. Líbreos Dios que la pasión
del amor sujete al Rey;
que ni hay consejo ni ley,
ni sangre ni inclinación;
antes llega á enfurecer
con tanta mayor violencia,
cuanta mayor resistencia
tuvo el amor que vencer.
Y puesto que me venció,
y he llegado á resolverme,
os toca ya obedecerme,
si aconsejarme os tocó.

RODRIGO. Señor, la misma razón
porque á mí me lo encargáis,
hace, si bien lo miráis,
la mayor contradición;
que si á Elvira puedo hablar,
por ser amigo del Conde,
con eso mismo os responde
mi fe que me he de excusar;
pues ni yo fuera Rodrigo
de Villagómez, ni fuera
digno de que en mí cupiera
el nombre de vuestro amigo,
si sólo por daros gusto
en un caso tan mal hecho,
hiciera á un amigo estrecho
un agravio tan injusto.

REY. Si os sentís más obligado
á su amistad que á la mía,
serviráme esta porfía
de haberme desengañado;
pero si valgo, Rodrigo
de Villagómez, con vos
más que el Conde, una de dos:
hacerlo, ó no ser mi amigo.

RODRIGO. Si yo no lo he merecido
por mi sangre y mi valor,
muy caro dais el favor,
á precio de honor vendido;

que ese es modo con que suele
levantarse á la privanza
del Rey, sólo quien no alcanza
otras alas con que vuele;
mas no quien pudo llegar
por sus partes á subir,
y merece con servir,
y no con lisonjear.

REY. Vuestra opinión os engaña;
que á quien lisonjas desea,
sirve quien le lisonjea
más que quien le desengaña.
Y para que os reduzgáis,
advertid que es necedad
perder de un rey la amistad
por lo que no remediáis;
que para este fin, Rodrigo,
mil vasallos tendré yo
sin dificultad; vos no
fácilmente un rey amigo.

RODRIGO. Para hacer yo lo que debo,
sólo á lo que debo miro:
ni á otros efetos aspiro,
ni de otras causas me muevo.
Lo que yo solo no hago,
decís que muchos harán;
mas esos mismos darán
lustre á la deuda que pago;
pues cuando os pierda, señor,
dirán que entre tantos fuí
sólo yo quien me atreví
á perderos por mi honor.
Los malos honran los buenos,
como honra la noche al día;
que sin tinieblas, tendría
el mundo la luz en menos.

REY. Basta; que es poco respeto
tanto argumentar conmigo;
y advertid, si como amigo
os descubrí mi secreto,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

supuesto que os resolvéis
á no hablar á la que adora
mi pecho, que os mando agora,
como rey, que lo calléis
y no me volváis á ver;
que si á precio del honor
juzgáis caro mi favor,
debiérades entender
que en esta cumbre que toco
es el más alto interés
ser mi amigo; y si lo es,
nunca mucho costó poco. *(Vase.)*

ESCENA IV

RODRIGO

¿Esto es servir? ¿Estos son
los premios de la fineza,
los fines de la grandeza,
los frutos de la ambición?
¿De modo que la razón
no ha de ser ley, sino el gusto,
y que cuando el Rey no es justo,
quien conserva su privanza
viene á dar cierta probanza
de que también es injusto?
Pues no, no perdáis, honor,
la alabanza más segura;
que ser privado es ventura,
no quererlo ser, valor.
El privar es resplandor
de ajenos rayos prestado,
y es luz propia haber mostrado
que quiso ser más Rodrigo
buen amigo de su amigo,
que de su rey mal privado.
Perdí su gracia y mi amor
á Leonor; que es justa ley

que sin licencia del Rey
no me dé el Conde á Leonor.
Su indignación y mi honor
pedilla me han impedido,
pues su sangre he ya entendido
que quiere el Rey ofender;
mas el valor en perder
hace lograr lo perdido.
Perdiendo pues, corazón,
ganemos la mayor gloria;
que es la más alta victoria
vencer la propia pasión.
Combátame la ambición,
aflíjame el amor loco;
que en estas desdichas toco
de la virtud el valor,
y si ella es el bien mayor,
nunca mucho costó poco. *(Vase.)*

Calle

ESCENA V

RAMIRO, CUARESMA

CUARESMA. ¿Al fin eres ya privado
del Rey?
RAMIRO. Sí.
CUARESMA. ¿Y cómo, señor,
dime, has de ser en su amor
privado? ¿puro ó aguado?
RAMIRO. No entiendo esa distinción.
CUARESMA. Va la explicación. Aquel
que tratando el Rey con él
sólo las cosas que son
de gusto, vive seguro

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

de quejosos maldicientes
y cansados pretendientes,
llamo yo privado puro;
mas el triste á quien le dan
un trabajo tan eterno,
que es del peso del gobierno
un lustroso ganapán
(aunque al poeta desmienta
que suele llamarlo Atlante,
pues no hay cosa más distante
del cielo que este sustenta,
que la carga del gobierno,
que infierno se ha de llamar,
si es que el eterno penar
se puede llamar infierno);
éste pues, que siempre lidia
con tantos, tan diferentes
cuidados, que á los prudentes
da compasión, y no envidia;
éste, que no hay desdichado
caso, aunque sin culpa suya,
que el vulgo no le atribuya,
llamo yo privado aguado;
pues como quita el sabor
al vino el agua, es tan grave
su pena, que no le sabe
el ser privado á favor.
RAMIRO. Yo, según ese argumento,
vengo á ser privado puro.
CUARESMA. Con eso tendrás seguro
el gusto, poder y aumento.
Mas di, ¿cómo la afición
del Rey pudiste alcanzar?
RAMIRO. Eso no has de preguntar;
que es secreta la ocasión.
CUARESMA. ¿Secreta?
RAMIRO. Cuaresma, sí.
CUARESMA. ¿Y no la puedo saber?
RAMIRO. No.
CUARESMA. ¡Qué tal debe de ser,

pues que la encubres de mí!

RAMIRO. Sólo te he de declarar
que en el lugar que perdió
Villagómez, entro yo;
que al Rey no supo agradar,
y con ser dél tan bien visto,
de sus ojos le ha apartado.

CUARESMA. ¿Con expulsión has entrado,
y de un hombre tan bien quisto?
¡Oh lo que dirán de ti!

RAMIRO. Si ha sido gusto del Rey,
y el obedecerle es ley,
¿por qué han de culparme á mí?

CUARESMA. Porque, según he entendido,
el vulgo mal inclinado
siempre condena al privado,
siempre disculpa al caído.
Mas del conde Galiciano
es esta la casa.

RAMIRO. Á Elvira
quiero hablar: quédate y mira
que si viniere su hermano
ó su padre, al mismo instante
me avises.

CUARESMA. Si en esto está
el servirte, no será
un soplón más vigilante. *(Vanse.)*

Sala en casa del conde Melendo

ESCENA VI

RAMIRO

En lo que vengo á comprender
sirvo al Rey, si al Conde ofendo:
y así, perdone Melendo;

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

que al Rey he de obedecer.
Elvira es esta, y me ofrece
la soledad coyuntura.
Parece que la ventura
á los reyes favorece.

ESCENA VII

ELVIRA.—RAMIRO

ELVIRA. Ramiro, ¡sin avisar,
hasta aquí os habéis entrado!

RAMIRO. ¿Cómo ha de haber avisado
quien sola os pretende hablar?
Del Rey soy, hermosa Elvira,
secretario, y mensajero
del amor más verdadero
que el tiempo en su curso admira.
Mis razones perdonad,
si poco adornadas son;
que el ser veloz la ocasión
dió á la lengua brevedad.
El Rey, en fin, confiado,
si no le mienten señales,
de que no son desiguales
su pena y vuestro cuidado,
os pide tiempo y lugar
para poder visitaros,
porque entre morir y hablaros
ya no hay medio que esperar.

ELVIRA. Ramiro, aunque las señales
no han engañado á su alteza,
nunca olvidan su nobleza
las mujeres principales.
Mi padre ha sido tutor
del Rey, y el haber pasado
juntos la niñez ha dado
con la edad fuerza al amor:
no lo niego; antes estoy
tan rendida y abrasada,

que mil veces despechada,
me pesó de ser quien soy.
Esto decid á su alteza
porque alivie sus enojos;
y que volviendo los ojos
á mi heredada nobleza,
si en mi obligación me ofendo,
me alegro en mi presunción;
que no es el rey de León
mejor que el conde Melendo.
Y teniendo confianza
de que puedo ser su esposa,
si es la obligación penosa,
es dichosa la esperanza
que me da mi calidad;
y así, si Alfonso me quiere,
sin ser mi esposo, no espere
conquistar mi honestidad;
que si con tal sangre y fama
para esposa me juzgó
pequeña, me tengo yo
por grande para su dama.

RAMIRO. Al fin, ¿no daréis lugar
de que os hable?

ELVIRA. Si arriesgara
la opinión, ¿qué me quedara,
teniendo amor que negar?
Públicamente me vea
si la mano quiere darme;
que si no, yo he de guardarme
de quien mi infamia desea.
Y adiós, Ramiro; que viene
gente.

ESCENA VIII

RAMIRO

Adiós.—Esta es Leonor;
mas ocultalla mi amor

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

á los intentos conviene
del Rey; que porque á sentir
no llegue el Conde, que aspira
á los amores de Elvira,
á mí me manda fingir
en lo público su amante,
para encubrir su afición.
Callemos, pues, corazón,
si puede en amor constante. *(Vase.)*

ESCENA IX

LEONOR.—ELVIRA

LEONOR. Mucha novedad me ha hecho
el ver á Ramiro aquí.

ELVIRA. Agora sabrás de mí
lo que no cabe en mi pecho.
Ya no me quejo, Leonor:
dichoso es ya mi cuidado;
que Alonso se ha declarado,
y paga mi firme amor;
y de su parte ha venido
Ramiro á solicitar
que le conceda lugar
de verme.

LEONOR. ¿Y qué has respondido?

ELVIRA. Dije... Mas este es Rodrigo
de Villagómez: después
lo sabrás. *(Vase.)*

ESCENA X

RODRIGO.—LEONOR

RODRIGO. (*Ap.* Turbados piés,
aquí el mayor enemigo
de vuestra honrosa partida